

había predicho quince años antes de que se verificara la conquista, la venida de los españoles á estas tierras y que había mandado á sus siete hijos que renunciaran la corona tan luego que supieran el arribo de hombres blancos. Cuando Cortés llegó al Anáhuac reinaban Cacamatzin y dos de sus hermanos, uno de ellos Ixtlilxochitl, gobernaba en Otompam y el otro en la Sierra. Estos, inmediatamente que supieron la llegada de los hijos del sol, dijeron que ya se habían cumplido las profecías de Netzahualpilli y la reina Papantzin, y desde luego Ixtlilxochitl fué á presentarse á Cortés, le habló de las profecías y le entregó el cetro y la corona, ofreciéndola al rey de los castellanos; pidió el agua del bautismo y se llamó D. Fernando Pimentel Ixtlilxochitl y su hermano tomó el nombre de D. Carlos Maldonado. Ixtlilxochitl prometió ayudar á Cortés con cien mil hombres de guerra y conspiró contra Cacamatzin, que permaneció fiel á los mexicanos y aun quiso sacar á Moctezuma de la prision.

Cuando resolvió Cortés poner cerco á México, restituyó la corona al que llamó legítimo rey y lo hizo bautizar con el nombre de D. Fernando Cortés; Ixtlilxochitl no se disgustó por esto, al contrario, se decidió á favorecer al conquistador salvándole tres veces del poder de los mexicanos: una en Xochimilco, otra en Ixtapalapa y la tercera en la calzada de Tlacopam. Á todos los parientes del texcocano les fueron hechas mercedes de tierra, terminada la conquista; se les asignaron pensiones sobre las cajas reales y fueron eximidos del tributo por cincuenta años, dándoles facultad para ser gobernadores y fiscales, que pudieran llevar vara alta aunque no ejercieran justicia; los honores y preeminencias podían gozarlos también en Tlaxcala, así como los de ésta en Texcoco, declarándolos Carlos V hermanos en todas las tierras conquistadas; si cometían algun delito que no fuera contra Dios ó la Magestad, al prenderlos la justicia, dejaria el baston setenta pasos fuera de la casa y cuando falleciera alguno, aunque fuese en un cadalso y por delito grave, sería enterrado con maceros y acompañamiento de regidores y alcaldes de Corte. Los gobernadores de Otumba, donde los vireyes recibían el baston, estaban sujetos al gobernador de Texcoco, siendo de este mismo lugar el primer *xochitl* ó ramo ofrecido al virey; en las juras asistía ese gobernador al lado derecho con los de las parcialidades de San Juan y Tlaltelolco, de la capital. Todos los gobernadores, alcaldes y jueces de los pueblos, tenían obligacion de atender al gobernador texcocano considerándolo como conquistador.

D. Fernando ayudó en gran manera á Cortés: en el sitio de México avanzó una vez hasta dentro de Tlaltelolco y mató á un indio que se había apoderado de un estandarte, por cuyos servicios solicitó Cortés que se le hiciera merced lo que en efecto se le concedió nombrándole *Grande y Señor*, y dispuso Carlos V que se le atendiera cual si fuese su misma Magestad; se le concedió que tuviera escudo en su puerta, formado de un coyote con un estandarte en la boca, las armas con que peleaban y los siete señorios sujetos á Texcoco; además concedió á D. Fernando y sus hermanos siete caballerías de tierra con merced de seis dias de agua.

También es célebre Texcoco por haber levantado allí los franciscanos el segun-

do convento fundado en Nueva-España, despues del de México; allí acudían las provincias de Otumba, Tepepulco, Tulancingo y todas las demás que están por aquella parte hácia el Golfo de México. Competía el convento de Texcoco en grandeza con los de México, Tlaxcala y Huexotzingo. Toda la conquista espiritual quedó á cargo de los franciscanos hasta que llegaron los religiosos de las otras órdenes; los doce primeros, con otros cinco que aquí se encontraron, fueron repartidos en aquellos cuatro monasterios, levantados en las mas populosas poblaciones entónces existentes.

No solamente en la época de la gentilidad produjo Texcoco hombres distinguidos en las letras y en las armas, sino aun despues de la conquista. D. Fernando de Alva Ixtlilxochitl fué erudito y popular escritor; nació en Texcoco el año de 1570, descendía en parentesco muy cercano, del último rey texcocano, Ixtlilxochitl, aliado de Cortés para cooperar á la destruccion del imperio mexicano, con cuyos reyes estaba emparentado. D. Fernando de Alva estudió con gran provecho en el colegio de Santa Cruz de Tlaltelolco y fué intérprete en el juzgado de indios del vireinato; escribió las historias chichimeca y tolteca, siendo muy importantes sus trabajos por el conocimiento que poseía de los geroglíficos y mapas históricos.

Uno de los antecesores de este erudito texcocano, llamado Zitlalpilli ó D. Pedro Santa María, fué el primer fiscal de la iglesia Catedral. Este D. Fernando gozó de muchas preeminencias; pero murió en el abandono mas triste y en la mas desastrosa miseria, en 1649, á los setenta y nueve años de edad. Dejó escritas catorce obras históricas acerca de México, entre ellas lo sucedido en Nueva-España desde la creacion del mundo, conforme á la escritura geroglífica; ordenanzas y cantares de Netzahualcoyotl; ceremonias establecidas por Topiltzin; la venida de los españoles; entrada de éstos á Texcoco; noticia de los pobladores y naciones de América.

D. José de Alva Ixtlilxochitl fué pariente cercano del anterior; nació en Texcoco el año de 1607; dejó escrita una obra titulada: "*Confesionario Mayor y Menor*"; fué bachiller de artes y eminente teólogo; estudió en Santa Cruz de Tlaltelolco y fué cura párroco y juez eclesiástico de Chapa de Mota; murió el año de 1657, dejando traducidas al mexicano varias comedias de Lope de Vega, una de las cuales dedicó al Padre Horacio Carochi, jesuita, maestro en el idioma mexicano; las comedias tenían por títulos: "El Gran Teatro del Mundo," "Dichosa Patricida," "La Madre de la Muger;" además dejó: "Las Pláticas en lengua mexicana, contra las supersticiones que han quedado entre los indios," impreso por Francisco Sahuayo en 1634.

Otro noble de Texcoco, llamado D. Gabriel Ayala, escribió en idioma mexicano unos "Comentarios Históricos," narrando los sucesos de los mexicanos desde el año de 1243 de la era vulgar hasta el de 1589; fué escribano de República y redactó en lengua nahuatl. Texcocano también distinguido fué D. Juan B. Valerio, descendiente de Netzahualcoyotl, nacido por el año de 1517; se llamó en su infan-



cia Xicalchalchilmitl, tomó el nombre cristiano despues que fué bautizado, apadrinándolo D. Bernardino de Santa Clara, procurador mayor de la ciudad de México; sirvió en las milicias reales y en 1529 ascendió á alférez de la guardia real de lanza y adarga, empleo que sirvió hasta 1531 en que se retiró para Texcoco y se ocupó por cuatro años en el cultivo de las tierras que poseía; despues volvió á salir mandando ochenta arcabuceros españoles y cuatrocientos indios flecheros con objeto de conquistar la ciudad de Jilotepec; allí recibió orden del virey D. Antonio de Mendoza para que levantara mas gente y siguiera en la conquista de Tula y demás pueblos ocupados por los chichimecas, nombrándolo cacique y Señor de las poblaciones que fuera conquistando; se le concedió el uso del escudo de armas y fué nombrado capitan general de los chichimecas, pudiendo armarse de punta en blanco para distinguirse de los demás indios y usar de todos los instrumentos para la guerra: caja, clarin y pífanos; el que no le obedeciera como tal capitan general, era condenado á muerte, horca ó desmembramiento de huesos, y se le permitió usar una águila de oro sobre el lado izquierdo del pecho. Valerio de la Cruz, muy adicto á los misioneros, hizo donacion del convento é iglesia de Tula, á los franciscanos; construyó tambien el famoso puente de ese pueblo; por tantos servicios le fué concedido en 1550, otro escudo de armas usado en la gentilidad, dividido en dos partes, con un nopal y una águila coronada en un campo y en el otro una casa fuerte con una vitrola encima. Murió en 1572, sirviendo aun en las milicias; los funerales fueron muy solemnes y quedó sepultado en el convento de religiosos franciscanos de Tlaltelolco.

D. José Francisco Isla, tambien nativo de Texcoco, tuvo por padres unos pescadores de la laguna, indios de raza pura; éstos no descuidaron la educacion de José Francisco que aprendió con suma facilidad á leer y escribir en castellano, y despues latinidad y filosofía; tomó el hábito de San Francisco y se dedicó á aliviar los padecimientos de sus hermanos de raza. Dejó varios escritos sobre las conquistas, fundaciones y hechos de armas del texcocano Juan B. Valerio de la Cruz, capitan general de los chichimecas y un opúsculo titulado: *«Vuelo de la imperial águila texcocana á las radiantes luces del lumínar mayor de las esferas.»*

Una amazona tuvo Texcoco en Doña Manuela Medina, á quien la Junta insurgente le dió el título de capitana por los servicios que hizo á la Nacion, pues levantó una compañía y se halló en siete acciones de guerra; hizo un viaje de mas de cien leguas por conocer al cura Morelos y despues de haberlo visto, dijo: *«que ya moria con ese gusto, aunque la despedazara una bomba de Acapulco.»* Dotada de un valor extraordinario y de acrisolado patriotismo, era la primera que á la cabeza de sus ginetes se lanzaba ante el fuego de los realistas y algunas veces logró ponerlos en fuga. Murió en Texcoco en Mayo de 1822; algunos atribuyen su muerte á las heridas de lanza que recibió en un combate y á consecuencia de las cuales estuvo postrada año y medio en el lecho del dolor.

D. Fernando Pimentel Ixtlilxochitl, descendiente de los reyes de Texcoco, escribió la genealogía de los de Aculhuacan; tuvo un hijo que tambien escribió *«Las*

memorias históricas del reino de Culhuacan.» D. Juan de Tovar, nacido en Texcoco, fué llamado el Ciceron Mexicano.

Entre los grandes acontecimientos que presenció Texcoco, sobresale por las circunstancias en que acaeció, la entrada de ochenta mil tlaxcaltecas que en calidad de auxiliares de Cortés, iban de esta manera: rompía la marcha un grupo considerable, tocando bocinas, caracoles y varios instrumentos, seguian los cuatro señores de las cabeceras, con rodela y macanas, adornados de vistosos plumages que sostenian en las espaldas, con ricas piedras pendientes en los agujeros de las orejas y en los labios, el cabello trenzado con una banda de oro y valiosos coturnos en los piés; detrás cuatro estandartes labrados de pluma, con las armas respectivas, y cuatro capitanes con sus guardias al lado de cada estandarte; los flecheros hasta sesenta mil seguian de veinte en veinte y á trechos el estandarte de cada capitan, y al fin marchaban los rodeleros y piqueros; toda esa multitud estaba al mando de Xicotencatl, el jóven.

Cuando el ejército iba en camino para Texcoco, salieron cuatro indios principales con una bandera de oro en su barra y llegándose á Cortés, le dieron la bienvenida de parte de su rey Coanacotzin, le suplicaron que no les hiciera daño y aseguraron que en todo estarian á su servicio. Cortés se mostró muy agradecido, aunque le pareció fingida la embajada; les recordó la muerte de cuarenta y cinco castellanos, cinco caballos y mas de trescientos tlaxcaltecas á los cuales quitaron, en cierta ocasion, el oro que llevaban, sirviéndole al conquistador de prueba para la acusacion, haber encontrado los cuerpos y los vestidos de los españoles cubriendo los idolos.

—*«Todo lo hemos hecho por mandato del rey de México;»* tal fué la respuesta de los embajadores.

—*«Procuraremos restituir todo el oro y las joyas que se llevaron los mexicanos,»* añadieron.

Cortés quedó conforme con esas explicaciones; todo el ejército avanzó á Coatlichan y Huexotla, lugares cercanos á Texcoco, y en esta ciudad se hospedó en el palacio que le fué abandonado. Dispuso desde luego la venida de un príncipe texcocano, residente en Tlaxcala, á quien ya se le habia bautizado con el nombre de D. Fernando y le dió el título de rey para que con su persona y vasallos le ayudara en la conquista de México. Este rey fué instrumento ciego de Cortés, cuyas órdenes ejecutaba sin vacilar.

En los dias que permaneció D. Hernando en Texcoco, fortificándose y dando tiempo para que la tropa descansara y se fueran recibiendo las piezas de los bergantines, se presentaron varios caciques pidiéndole perdon y le llevaron presos unos mensajeros mexicanos encargados de procurar que no se hicieran las paces

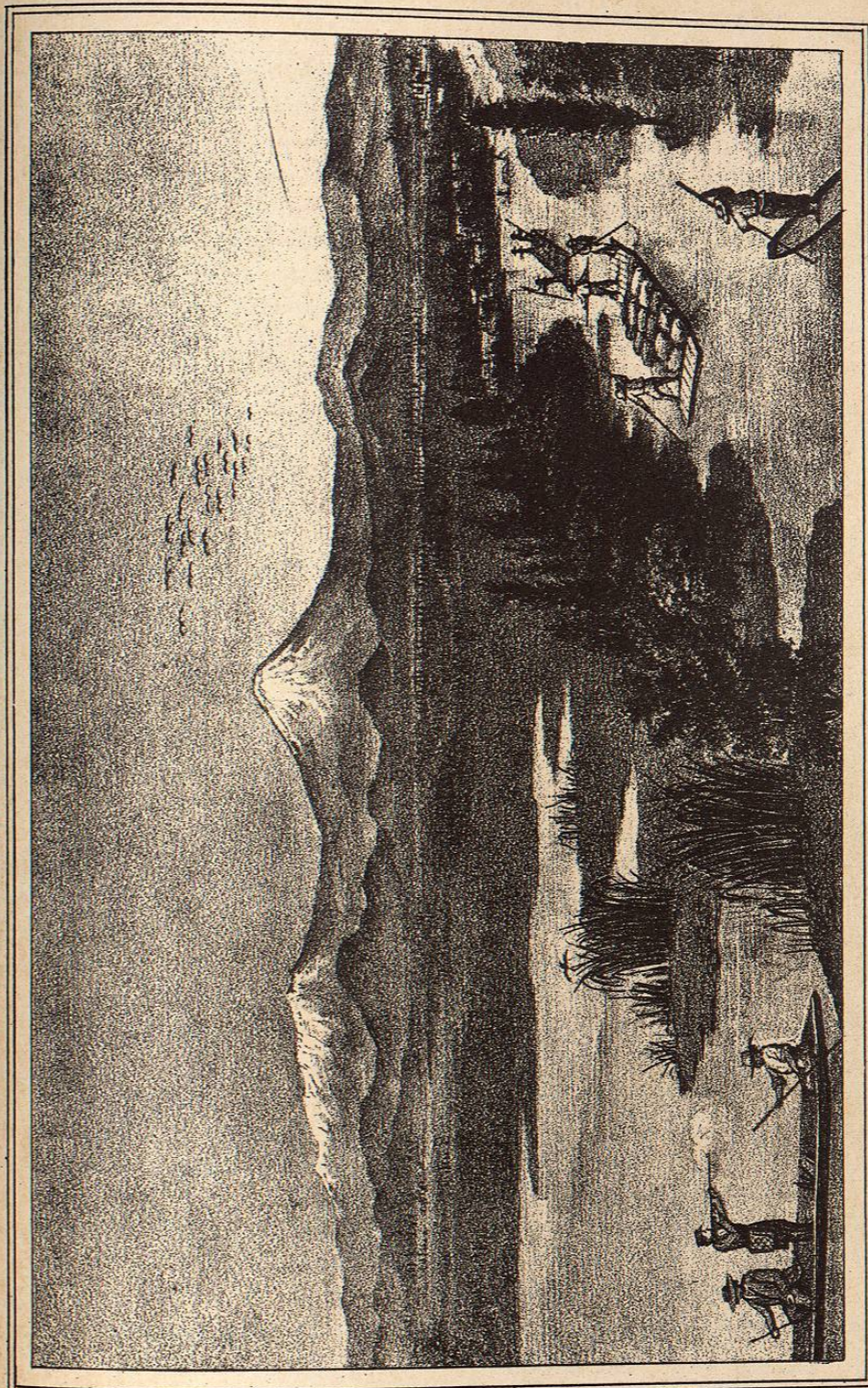


con los castellanos. Cortés dió libertad á los prisioneros y aun los envió con el encargo de que fueran á solicitar la paz.

Estando en Texcoco fraguó una conspiracion Antonio de Villafañá con algunos soldados descontentos; se habia arreglado que en secreto darian muerte á Cortés reemplazándole con Francisco Verdugo, cuñado de Diego Velazquez y hombre de autoridad. Uno de los conjurados, temeroso, dió parte de la conspiracion á Cortés, quien al punto mandó á Ganzalo de Sandoval que prendiese al jefe y le quitara del pecho un papel en que constaba la lista de los conjurados. Villafañá quiso tragarse el papel y habiéndole apretado la garganta, arrojó un pedazo en el que constaban catorce nombres; diéronle tormento y lo sufrió por cinco veces sin acusar á nadie y declaró que aquellos cuyos nombres habia escrito, iban á ser solicitados sin que ellos lo supieran ántes. En consecuencia el único ahorcado fué Villafañá; arengó Cortés á los demás y les pidió que le avisaran si en algo erraba, pues daria satisfaccion á todos; entónces designó doce soldados para que guardaran su persona.

De Texcoco salió el ejército español para hacer algunas conquistas; allí fueron armados los bergantines, y se terminó la zanja para arrojarlos al agua, teniendo que sostener combates con los mexicanos que los querian destruir. Entretanto Cortés expedicionó á Xaltocan y Cuautitlan regresando á Texcoco. De allí marchó para un reconocimiento por Itztapalapan; despues de desbaratar á los que se le opusieron, fué quemada parte del pueblo y estaban saqueando cuando los mexicanos soltaron la presa de la laguna; á toda prisa se retiró el conquistador con el ejército, dejando ahogados algunos tlaxcaltecas; habiendo muerto entónces un español herido, fué llevado á Texcoco, ocultándolo á la vista de los indígenas.

Estando los bergantines en disposicion de botarlos al agua y el canal con la capacidad necesaria para recibirlos, mandó Cortés á los pueblos de Texcoco que hicieran casquillos y saetas semejantes á una muestra que les entregó; construyeron cincuenta mil casquillos y saetas emplumadas; registráronse las municiones, se revisó la artillería, fueron herrados los caballos y repartido hilo de Castilla para que los ballesteros tuvieran suficientes cuerdas. Á todas esas operaciones asistió personalmente Cortés, quien dispuso ir lanzando al agua los bergantines miéntras se acababa de reunir el ejército, y encargó de esa operacion á Martin López; se dijo una misa del Espíritu-Santo, en la que comulgó, Cortés con todos los españoles, bendijo un sacerdote los buques, dándoles nombre y quedaron á bordo de cada uno doce soldados con un capitán; una pieza de artillería y doce remeros. Fueron los capitanes: Pedro Barba, García Holguin, Juan Portillo, Juan Rodriguez de Villafuerte, Juan Jaramillo, Juan de Limpías, Francisco Rodriguez Magarino, Cristóbal Flores, Don Antonio de Carbajal, Gerónimo Ruiz de la Mota, Pedro de Briones, Rodrigo Morejon y Antonio Sotelo, todos recibieron la pólvora necesaria, ballestas y demás instrumentos de guerra, y pusieron en los bergantines jarcias, velas y banderas. En Texcoco pasó revista el ejército español que constaba de novecientos hombres; ciento noventa y cuatro con arcabuces y ballestas, los demás ar-



México Pintoresco. = Tomo II. = Alrededores de México.

LIT. DE MURGUA.

Canal de comunicacion, entre los lagos de Chalco y de Texcoco.  
(En el fondo el Popocatepetl y el Ixtacihuatl.)